



BERGMAN

SERIE

SECRETOS IMPERFECTOS

HJORTH & ROSENFELDT

MICHAEL HJORTH Y
HANS ROSENFELDT

SECRETOS IMPERFECTOS
(SERIE BERGMAN 1)

Traducción de Claudia Conde

 Planeta

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *Det Fördolda*

© Michael Hjorth & Hans Rosenfeldt, 2010
© por la traducción, Claudia Conde, 2016
© Editorial Planeta, S. A., 2016
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Canciones del interior:

Página 31: © *Ring, ring*, 1973 Polar Music International AB., interpretada por ABBA

Página 92: © *X Gon' Give It To Ya*, 2003 The Island Def Jam Music Group, interpretada por DMX

Página 292: © *Heroes*, 1999 Jones/Tintoretto Entertainment Company LLC under exclusive licence to Parlophone Records Ltd., interpretada por David Bowie

Primera edición: mayo de 2016

ISBN: 978-84-08-15516-4

Depósito legal: B. 5.873-2016

Composición: Víctor Igual, S. L.

Impresión: Unigraf, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

El hombre no era un asesino.

Se lo iba repitiendo mientras arrastraba al chico muerto cuesta abajo:

—No soy ningún asesino.

Los asesinos son criminales. Son mala gente. Las tinieblas les han devorado el alma y ellos, por diferentes razones, han abrazado la oscuridad y la han hecho suya, de espaldas a la luz. Él no era malo.

Al contrario.

¿Acaso no lo había demostrado en los últimos tiempos? ¿No había renunciado casi por completo a sus sentimientos y a su propia voluntad, e incluso había reprimido sus impulsos por el bien de los demás? Poner la otra mejilla. Era justo lo que había hecho él. ¿Acaso su presencia en esa hondonada cenagosa en medio de la nada, con el chico muerto a rastras, no era una prueba más de que quería hacer lo correcto? ¿De que debía hacerlo? ¿De que nunca más volvería a traicionar su confianza?

El hombre estaba en forma. Muchas horas de gimnasio. Sin embargo, se detuvo, jadeando. Pese a su juventud, el chico pesaba bastante. Pero ya faltaba poco. Lo cogió con fuerza por las perneras de los pantalones, que habían sido blancas, pero parecían casi negras en la oscuridad. Había sangrado mucho.

Sí, era malo matar. El quinto mandamiento decía: «No matarás». Pero había excepciones. La propia Biblia exhortaba en varios

pasajes a matar por causas justas. Había gente que lo merecía. A veces lo malo era bueno. No había nada absoluto.

Y si la intención no era egoísta, si la pérdida de una vida podía salvar otras, dar una oportunidad, permitir otras vidas, ¿cómo era posible entonces que el acto fuera malo si el propósito era bueno?

El hombre se detuvo junto a la laguna de aguas oscuras. Lo normal era que fuera una charca de un par de metros de profundidad, pero las últimas lluvias habían inundado los márgenes y la habían convertido en un pequeño lago, en la hondonada invadida de maleza.

El hombre que no era un asesino encorvó la espalda y agarró la camiseta del chico por los hombros. Con gran esfuerzo, consiguió poner de pie el cuerpo sin vida. Por un instante, lo miró directamente a los ojos. ¿Cuál habría sido su último pensamiento? ¿Habría tenido tiempo de pensar en algo? ¿Se habría dado cuenta de que iba a morir? ¿Se habría preguntado por qué? ¿Habría reflexionado acerca de todo lo que no había llegado a hacer en su corta vida, o quizá en lo que había hecho?

Nada de eso importaba ya.

¿Por qué tenía que atormentarse más de lo necesario?

No tenía opción.

No volvería a traicionar la confianza de nadie.

Esta vez no.

Aun así, dudaba. Pero ellos no lo entenderían. Tampoco perdonarían. Ni pondrían la otra mejilla, como él.

Empujó, y el cuerpo del chico cayó de espaldas en el agua con un sonoro golpe. El hombre se sobresaltó; no esperaba tanto ruido en la oscuridad silenciosa.

El cadáver se hundió en el agua y desapareció.

El hombre que no era un asesino volvió a su coche, aparcado en el sendero del bosque, y se dirigió a su casa.

—Policía de Västerås. Klara Lidman. Diga...

—Quería denunciar la desaparición de mi hijo.

La mujer hablaba casi en tono de disculpa, como si no estuviera segura de haber llamado al teléfono correcto o no esperara del todo que la creyeran. Klara Lidman acercó un bloc de notas, aunque la conversación se estaba grabando.

—¿Su nombre, por favor?

—Lena. Lena Eriksson. Mi hijo se llama Roger. Roger Eriksson.

—¿Qué edad tiene?

—Dieciséis. La última vez que lo vi fue ayer por la tarde.

Klara anotó la edad y dedujo que el asunto iba a requerir intervención inmediata. Eso, siempre y cuando fuera cierto que el chico había desaparecido.

—¿A qué hora de la tarde?

—Se marchó de casa hacia las cinco.

Habían pasado veintidós horas. Veintidós horas muy importantes en una desaparición.

—¿Sabe adónde iba?

—Sí, a casa de Lisa.

—¿Quién es Lisa?

—Su novia. La he llamado hoy, pero me ha dicho que Roger se marchó de su casa en torno a las diez.

Klara tachó el veintidós de la hoja del bloc y lo sustituyó por un diecisiete.

—¿Y luego hacia dónde fue?

—Lisa no lo sabe. Suponía que había vuelto a casa. Pero no. No ha vuelto en toda la noche. Y ahora ya ha pasado casi un día entero.

«¿Y no llamas hasta ahora?», pensó Klara. Su interlocutora no parecía especialmente nerviosa. Más bien abatida. Resignada.

—¿Lisa qué más? ¿Cuál es el apellido?

—Hansson.

Klara lo anotó.

—¿Tiene móvil su hijo? ¿Ha intentado llamarlo?

—Sí, pero no contesta.

—¿No tiene idea de adónde puede haber ido? ¿Puede haberse quedado a dormir en casa de algún amigo?

—No, porque habría llamado para decírmelo.

La mujer hizo una breve pausa y Klara supuso que se le había quebrado la voz, pero enseguida distinguió una inhalación al otro lado de la línea y se dio cuenta de que estaba fumando. Después la oyó soltar el humo.

—Lo único que sé es que ha desaparecido.

El sueño se repetía todas las noches.

No le daba tregua.

Siempre el mismo sueño, cargado con la misma angustia. Era desesperante; lo estaba volviendo loco. Aunque Sebastian Bergman sabía que podría resistirlo. Conocía mejor que nadie el significado de los sueños y estaba mejor preparado que nadie para que los restos febriles del pasado no lo afectasen. Sin embargo, por muy preparado que estuviera, por muy consciente que fuera del auténtico significado del sueño, no conseguía escapar de sus garras. Era como si el sueño hubiera encontrado el punto de intersección exacto entre el significado que él conocía y su realidad.

4.43 horas.

Empezaba a amanecer. Sebastian tenía la boca seca. ¿Habría gritado? Por lo visto no, porque la mujer que estaba acostada a su lado no se había despertado. Su respiración era pausada y el pelo largo le cubría a medias un pecho desnudo. Sebastian estiró los dedos agarrotados, sin dedicarles ni un solo pensamiento. Estaba acostumbrado a despertarse con el puño derecho apretado. Trató de recordar el nombre de la persona que dormía a su lado.

¿Katarina? ¿Karin?

Seguramente se lo habría dicho en algún momento de la noche.

¿Kristina? ¿Karolin?

Tampoco tenía mucha importancia, porque no pensaba volver a verla, pero tratar de recordar lo ayudaba a ahuyentar los últimos restos etéreos del sueño que se le habían quedado adheridos al pensamiento.

El sueño lo perseguía desde hacía más de cinco años. Todas las noches el mismo sueño, las mismas imágenes. Todo su subconsciente en acción, concentrado en lo que su yo consciente no conseguía resolver durante el día.

Superar el sentimiento de culpa.

Se levantó lentamente de la cama, sofocó un bostezo y recogió la ropa que había dejado unas horas antes en una silla. Mientras se vestía, observó sin interés la habitación donde había pasado la noche. Una cama; dos armarios blancos empotrados, uno de ellos con un espejo en la puerta; una sencilla mesa de noche blanca de Ikea, con un despertador y una revista de *fitness* encima; y, justo al lado de la silla donde había estado su ropa, una mesita con la foto y los garabatos de un hijo de padres separados. Varias reproducciones de cuadros anodinos colgaban de las paredes, pintadas de un color que un agente inmobiliario avisado habría descrito como *latte macchiato*, aunque en realidad era un beige sucio. La habitación se parecía al sexo que había practicado aquella noche: carecía de fantasía y pecaba de aburrimiento, pero cumplía con su función. Siempre lo hacía. Aunque, por desgracia, la satisfacción nunca duraba mucho.

Sebastian cerró los ojos. Ese momento siempre era el más doloroso. La vuelta a la realidad. El delicado cambio de sentido. Lo conocía muy bien. Se concentró en la mujer acostada en la cama, sobre todo en el pezón que quedaba al descubierto. Seguía sin recordar cómo se llamaba...

Sabía que él se había presentado en el momento en que había vuelto con las copas, como siempre. Nunca decía su nombre cuando le preguntaba a la chica si la otra silla estaba libre, ni qué quería beber, ni si le permitía invitarla. Se lo decía cuando le ponía la copa delante.

—Por cierto, me llamo Sebastian.

¿Y ella qué le había respondido? Algo con «K», de eso estaba bastante seguro. Se abrochó el cinturón, y la hebilla produjo un leve chasquido metálico.

—¿Te vas?

La voz de la mujer sonaba adormilada. Buscó un reloj con los ojos.

—Sí.

—Pensaba que ibas a quedarte a desayunar. ¿Qué hora es?

—Casi las cinco.

La mujer levantó un poco el torso, apoyada en un codo. ¿Qué edad tendría? ¿Cuarenta? Se quitó un mechón de la cara. Se estaba despabilando y empezaba a asimilar la idea de que la mañana no sería como esperaba. El hombre se había levantado sigilosamente y se había vestido en silencio, para marcharse sin despertarla. No desayunarían juntos, ni leerían el periódico hablando de trivialidades, ni aprovecharían el domingo para dar un paseo. Él no tenía ninguna intención de conocerla mejor, ni la llamaría para quedar de nuevo, por mucho que dijera lo contrario.

Ella lo sabía. Por eso no dijo nada.

Tan sólo adiós.

Sebastian ni siquiera intentó acertar con su nombre. Ya no estaba seguro de que empezara con «K».

El silencio del amanecer impregnaba la calle. El tranquilo suburbio dormía y las luces parecían atenuadas, como para no despertar a nadie. Incluso el tráfico de Nynäsvägen, a lo lejos, parecía discurrir con respetuosa sordina. Sebastian se detuvo en el cruce, junto al letrero de la calle: «VARPAVÄGEN». Estaba en algún lugar de Gubbängen, a un buen trecho de su casa. ¿Estaría abierto el metro a esas horas? La noche anterior habían llegado en taxi. Habían entrado en un 7-Eleven a comprar pan para el desayuno, porque ella había recordado que no le quedaba en casa y suponía que él querría quedarse a desayunar. Habían comprado pan y zumo, él y... esa mujer... ¡Mierda! ¿Cómo demonios se llamaba? Sebastian echó a andar por la solitaria calle.

La había herido, fuera cual fuese su nombre.

Catorce horas después, partiría rumbo a Västerås a terminar su trabajo. Pero eso era diferente. A esa otra mujer ya no podía afectarla nada de lo que hiciera.

Empezó a llover.

Un asco de mañana.

En Gubbängen.